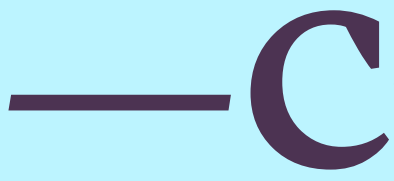


artelka



**EL BUSTO ROTO
DEL OBRERISMO**

GEDAR

 Cuando el reformismo compara y confunde el discurso de clase de los comunistas con el obrerismo, por el simple hecho de referirse a la clase obrera, están aplicando sus límites al movimiento comunista que está fuera de esas coordenadas. Porque este último no concibe la clase como un ser social que debe perpetuarse, ni limita su potencia a la economía capitalista. Cuando los comunistas identificamos el cuerpo social del sujeto revolucionario en el proletariado, a diferencia de los reformistas, no nos referimos a la simple aceptación del proletariado como producto del capitalismo, al cual algunos dicen estar orgullosos de pertenecer, sino al potencial para superarlo, que, en lo esencial, concentra en su existencia contradictoria la capacidad de producir una nueva sociedad.

Contenido

6

10

22

44

EDITORIAL

Arteka

**El obrerismo
frente al espejo**

COYUNTURA POLÍTICA

Dani Askunze

**Obrerismos,
del optimismo
a la reacción**

REPORTAJE

Arteka

**El capital
industrial y
fascismo: una
amistad forjada
en acero**

REPORTAJE

Arteka

**Obrerismo, una
representación
viciada**

El obrerismo frente al espejo

Editorial

Hemos tratado anteriormente la relación entre socialdemocracia y fascismo; la segunda suele ser producto del fracaso histórico de la primera en su intento de superar la crisis capitalista por la vía democrático-burguesa. Este intento tiene por objeto la reestructuración del poder político de la burguesía, que, a causa de la crisis de la economía y de sus principios democrático-liberales, cuando no se puede hacer por la vía de la democracia, se realiza mediante la dictadura fascista.

Hemos mencionado también la tendencia de la socialdemocracia a desarrollarse en fascismo, y la relación de esa tendencia con el programa de ambos, así como la centralidad que adquiere el Estado en las dos tendencias políticas con el objetivo de llevar a cabo dicho programa. Pero esta vez hablaremos de la cultura y la política obrerista que nace de la sociología de clase específica a la que ambas se dirigen.

El obrerismo es un componente importante de la política de masas de la socialdemocracia y del fascismo. Y es que, si el objetivo de la política de masas es dar cuerpo social a una doctrina, el obrerismo se convierte en un intermediario imprescin-

Las políticas obreristas tienen por objeto a la clase media. Por medio de ella, es decir, por medio de la clase bien asentada en la institución burocrática de la sociedad burguesa, la burguesía extiende su dominación en el seno de la clase obrera. Específicamente, el obrerismo defiende la supremacía de la aristocracia obrera, y tiene su origen en la supremacía que es ya efectiva

dible para que se dé el arraigo social de estos movimientos políticos.

Este arraigo social tiene que adoptar inevitablemente una forma burocrática y autoritaria: es la extensión de la dictadura de la burguesía que, utilizando un mecanismo de control intermedio, debe llevar a cabo la conexión subordinada entre el poder de la burguesía y la amplia masa inerte. Así hemos solido definir la función de la clase media, como grupo de apoyo a la burguesía. También puede decirse de otro modo: la clase media –y sus partidos políticos– es el instrumento estatal de la burguesía, que ejerce efectivamente su poder político, o da al poder abstracto la forma concreta de la dominación.

Las políticas obreristas tienen por objeto a la clase media. Por medio de ella, es decir, por medio de la clase bien asentada en la institución burocrática de la sociedad burguesa, la burguesía extiende su dominación en el seno de la clase obrera. Específicamente, el obrerismo defiende la supremacía de la aristocracia obrera, y tiene su origen en la supremacía que es ya efectiva. Así, por medio del sindicalismo burocrático se genera una subjetividad obrera que está estrechamente unida con el corporativismo del trabajador colectivo que trabaja

La crisis de la subjetividad obrerista que sigue al proceso de desintegración de la clase media y de la aristocracia obrera que se da en el centro imperialista como consecuencia del desarrollo capitalista, y por medio de la división internacional del trabajo, es la superación del obrerismo sólo en apariencia

en el mismo espacio físico. En cambio, cuando uno y otro están desaparecidos, dan por agotada a la clase obrera y buscan nuevos sujetos. Pero esto solo es posible porque en realidad, para el obrerismo, ni siquiera en las condiciones en las que surge históricamente esa cultura y política –esto es, ni siquiera en las condiciones en las que la aristocracia obrera y su forma específica de trabajador colectivo de la esfera industrial son el cuerpo social más arraigado en el centro imperialista–, es la clase obrera cuerpo y potencial alguno de constituirse en sujeto comunista revolucionario.

Por lo tanto, lo mencionado, es decir, la crisis de la subjetividad obrerista que sigue al proceso de desintegración de la clase media y de la aristocracia obrera que se da en el centro imperialista como consecuencia del desarrollo capitalista, y por medio de la división internacional del trabajo, es la superación del obrerismo sólo en apariencia; y sólo por ser una falsa superación pueden los reformistas acusar a los comunistas de obreristas, en tanto que pretendemos abolir la sociedad de clases en general, y la sociedad capitalista en particular, como expresión más desarrollada de la sociedad clasista, y conceptualizamos tal proceso como emancipación de la clase obrera y movimiento comunista que se organiza en su seno. Y es que tal acusación tan solo puede provenir de quienes han reducido la clase

a una cuestión de administración económica, y no conciben su determinación política y social como fundamento de la sociedad capitalista.

Así, muy al contrario de lo que pudiera parecer, el obrerismo adquiere mayor justificación social en la medida en que desaparece su cuerpo social, pues de lo que se trata no es de dar una forma política y una concepción a la realidad ya existente, sino que de impedir que esa realidad, esto es, la subordinación del proletariado realizada mediante engranajes intermedios, pueda ser superada. El obrerismo es un consenso social a voz alta en época de prosperidad capitalista, y una política de exclusión activa y explícita del proletariado en época de crisis capitalista.

Es por ello que la cultura y la política que nacen con el predominio de la capa superior de la clase obrera no desaparece con su cuerpo social, sino que se hacen aún más visibles sus efectos y sus límites: se sigue identificando la lucha de clases y el movimiento obrero con la capa disminuida objeto del obrerismo, pero por razones cuantitativas se añaden nuevos sujetos a la ecuación, arrinconando la lucha de clases al terreno parcial de la economía, y resolviendo que es incapaz de transformar la realidad en su conjunto. Por lo tanto, el obrerismo es una política de masas reformista que tiene la función de influir en un terreno parcial –pero con

El obrerismo es una política de masas reformista que tiene la función de influir en un terreno parcial –pero con vocación de totalidad en tanto que tal parcialidad imposibilita la concepción unitaria de la sociedad capitalista–, abrazada tanto por la socialdemocracia como por el fascismo, y que se basa en la anulación de las potencias políticas del proletariado

vocación de totalidad en tanto que tal parcialidad imposibilita la concepción unitaria de la sociedad capitalista–, abrazada tanto por la socialdemocracia como por el fascismo, y que se basa en la anulación de las potencias políticas del proletariado.

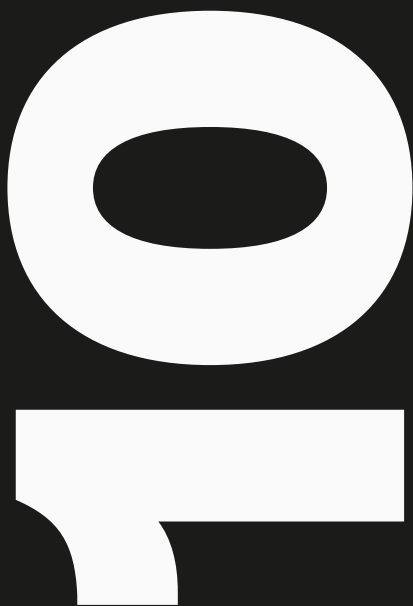
Las consecuencias políticas del obrerismo son absolutamente perjudiciales para la emancipación de la clase obrera; es más, ataca la concepción misma de la emancipación, cerrando la posibilidad del comunismo. Se infiere del obrerismo que no se trata de transformar la realidad, sino de equilibrar lo existente de otra manera. También por eso se da una exaltación de los llamados «sujetos oprimidos» o «sujetos periféricos», cuyo lugar se reclama tal y como han sido producidos por la sociedad burguesa existente en cuanto identidades en conflicto hipostasiadas por la izquierda posmoderna, y que halla su precedente en el obrerismo y en la exaltación de la clase y el orgullo de pertenecer a ella, como medicina mental de una clase pauperizada y socialmente excluida, cuyas características y miserias se tapan con un manto de psicología positiva y una pretensión de pseudo pertenencia voluntaria a tal colectivo, que tiene como consecuencia política la despolitización del proletariado y la aceptación de su condición impuesta como un modo de vida elegido por él. Tal orgullo de clase tan solo puede ser la exaltación del oprimido y, con él, del opresor.

En definitiva, el obrerismo implica la disolución del sujeto comunista, excluyendo su componente, el proletariado, de la ecuación política. La única práctica que cabe en el campo de la economía parcialmente entendida es la práctica conforme a las leyes correspondientes a dicha economía. El obrerismo identifica la lucha de clases con las luchas por las reformas económicas, relacionando la política con lo que los partidos políticos de la clase media ejercen en las instituciones del capital.

Por eso, cuando el reformismo compara y confunde el discurso de clase de los comunistas con el obrerismo, por el simple hecho de referirse a la clase obrera, están aplicando sus límites al movimiento comunista que está fuera de esas coordenadas. Porque este último no concibe la clase como un ser social que debe perpetuarse, ni limita su potencia a la economía capitalista. Cuando los comunistas identificamos el cuerpo social del sujeto revolucionario en el proletariado, a diferencia de los reformistas, no nos referimos a la simple aceptación del proletariado como producto del capitalismo, al cual algunos dicen estar orgullosos de pertenecer, sino al potencial para superarlo, que, en lo esencial, concentra en su existencia contradictoria la capacidad de producir una nueva sociedad ●

Obrerismos, del optimismo a la reacción

Texto — **Dani Askunze**



En los últimos tiempos ha venido habiendo un *revival* de conceptos como *clase*, *obrero*, etc. que se creían olvidados, o al menos muy restringidos a ciertos ámbitos y entornos. ¿Qué es la clase obrera hoy? ¿Quiénes la componen? ¿Tiene esto operatividad política? ¿Qué pinta en el bazar de las identidades? ¿Es la obrera una identidad más entre otras? ¿Está enfrentada con ellas o son compatibles entre sí? ¿Qué fue de la lucha de clases? Son cuestiones que, con mayor o menor fortuna, con mayor o menor rigurosidad, ocupan en nuestros días en el equívoco espectro de la izquierda a una variedad de articulistas, activistas, académicos, tertulianos, usuarios de redes sociales y consumidores de contenido en internet en general.

En estas polémicas, como decíamos, más o menos superficiales, encontramos diversidad de opiniones. Lo mismo podemos decir en la izquierda más política y sus distintas tendencias. Sin embargo –y aquí está la tesis que defenderemos aquí– la gran mayoría de ellas viene a compartir, de una manera o de otra, un mismo denominador común: su obrerismo. El presente artículo no pretende analizar la cuestión del obrerismo a un nivel teórico, sino advertir ciertas cuestiones sensibles en un terreno más político, que puedan resultar útiles para la práctica emancipatoria.

El obrerismo como ideología –como toda ideología, habría que añadir– no flota en el aire ni brota de la nada. Tiene unos porqués. Lo cual puede parecer una perogrullada, pero es un primer paso para tratar de identificar dichos porqués, y con ello poner las bases para poder superarlo. Hagamos un breve recorrido histórico.

Obrerismo como ideología, decíamos. Ahora bien, ¿como ideología de qué? Como ideología de la centralidad del trabajo asalariado a nivel social, de la industria a nivel productivo, del movimiento obrero a nivel político. El obrerismo surge pues como ideología de la centralidad obrera en el momento en el que ésta es una realidad. Aunque también comienza a perfilarse incluso cuando esta realidad aun no es dominante, pero ya anuncia que pronto lo será. Podríamos retrotraernos a múltiples momentos muy pretéritos de la tradi-

ción socialista y sus diversas escuelas, desde el siglo XX para atrás, durante todo el siglo XIX e incluso antes. Así, la cuestión de los contornos de la clase, y si estos coinciden milimétricamente o no con los del proletariado industrial, será objeto de debate clave desde muy pronto. No será este un capricho sociologista, sino una tarea política vital: la de definir el sujeto revolucionario que al fin liberará a toda la humanidad. Hablamos pues de un obrerismo incipiente que implica sin duda un talante optimista y una voluntad progresista.

Este obrerismo optimista dará sus últimos coletazos en los años 70 del siglo pasado, y será la última ocasión en la que seguirá enraizado en una centralidad obrera palpable que lo sostenga. Tendrá desarrollos específicos como el del *operaismo* italiano, cumbre teórico-práctica entre las experiencias de la época¹. También tuvo su expresión en el Estado español, donde la crisis final del Franquismo

***El obrerismo surge como
ideología de la centralidad
obrero en el momento en el
que ésta es una realidad***

Dicho nuevo movimiento obrero a la ofensiva desbordaba lo meramente laboral y marcaba el paso a las distintas corrientes de la izquierda de la época

tuvo entre sus causas principales a un agente político de primer orden, que bien pudo haber escrito la historia de otra manera a como finalmente acabó en la Transición: el movimiento obrero². Lo cual tuvo no su correlato, sino uno de sus escenarios principales diferenciados en Hego Euskal Herria, donde dicho nuevo movimiento obrero a la ofensiva desbordaba lo meramente laboral y marcaba el paso a las distintas corrientes de la izquierda de la época. Izquierda que, consecuentemente obrerista, iba por momentos a rebufo de dicho movimiento. Ya fuera para domesticarlo e incluso frenarlo, como en el caso del PCE; para dinamizarlo y tratar de ponerse a su cabeza, sin lograr controlarlo completamente, como en el caso de la izquierda radical³; para alimentarse de su potencial y encuadrarlo en su estrategia, como las distintas ramas de la izquierda abertzale a la cual a su vez radicalizó sin duda; y finalmente para quienes apostaban todo por él, reivindicando *todo el poder a las asambleas*, como la Autonomía (Obrera)⁴.

Aquel movimiento obrero con agencia política propia dejó de existir. Derrota, disolución, integración...

El obrerismo quedará como un cadáver ideológico. Como aquella ideología de la centralidad obrera, pero ya sin centralidad obrera

Cómo terminó la historia es desgraciadamente conocido. Aquel movimiento obrero con agencia política propia dejó de existir. Derrota, disolución, integración... Distintos matices, mismo resultado al fin y al cabo. El cual acabará con las condiciones de posibilidad de un obrerismo optimista, quizás equivocado pero de indudable voluntad revolucionaria. Y abrirá las puertas a un obrerismo derrotista. La identidad obrera quedará fosilizada según lo que fue –o incluso como nostalgia de un pasado que nunca existió–, desconectada de la realidad y despojada de todo potencial político revolucionario. La izquierda posterior será incapaz de liberarse críticamente de toda esta carga y quedará presa de ella, reproduciéndola por activa o por pasiva.

Más allá de la desaparición política del movimiento obrero, los cambios seguirán. A este le tomarán el relevo en importancia los nuevos movimientos sociales. Y de hecho pasará a ser un movimiento social parcial más, y no ya el poderoso movimiento social aglutinador por excelencia. La antigua conflictividad obrera será sustituida por las relaciones laborales institucionalizadas. Y sus expresiones más radicales serán un triste quier y no puedo, un síntoma de la decadencia general. Los escenarios de las duras batallas contra la reconversión acabarán siendo el cementerio de elefantes de la vieja clase obrera industrial⁵. Cada batalla perdida no será sólo una derrota sindical o política. Irá minando irremediabilmente también la base social y productiva de la clase obrera industrial. El obrerismo quedará como un cadáver ideológico. Como aquella ideología de la centralidad obrera, pero ya sin centralidad obrera.

¿Cuáles son pues los rasgos de este obrerismo? No es objeto de este artículo hacer todo un balance histórico de los derroteros obreristas y de su uso y abuso en las experiencias revolucionarias pasadas. Sí de los vicios de las concepciones obreristas y de sus visos reaccionarios⁶ –es decir, contrarrevolucionarios– que se irán desarrollando más (pues ya se pueden apreciar mucho antes) a partir de dicho momento y que acabarán llegando hasta nuestros días. Hablamos de la tendencia a congelar la lucha de clases en su momento económico, agotándose en lo meramente sindical. De afirmar a la clase como engranaje del capital, en su faceta interna a la relación social capitalista, frente a aquella que niega la misma (y que se niega a sí misma). Y que políticamente ha venido ligada, voluntariamente o no, más o menos explícitamente, al reformismo. Reduciendo la lucha de clases a una mera negociación de la redistribución de la riqueza dentro de los límites impuestos por el capitalismo. Llegados a este punto, el obrerismo pasará a ser una ideología justificadora del orden existente, incluyendo todos sus elementos moralistas de apología del trabajo y la laboriosidad. A través de todos estos ingredientes se construye una identidad netamente capitalista: la obrera; y una ideología identitarista que la reproduce: el obrerismo.

***A través de todos estos
ingredientes se construye
una identidad netamente
capitalista: la obrera; y una
ideología identitarista que
la reproduce: el obrerismo***

Si el obrerismo clásico tomaba la parte por el todo, el anticapitalismo desclasado toma el todo por la parte: la lucha de clases se reduce a la lucha sindical

Hasta aquí queda clara la caracterización del obrerismo en bruto. Alguno preguntará, ¿qué tiene que ver todo esto con la izquierda actual? Pues que se construye en la resaca de dicho obrerismo. Y lo hereda, aunque lo reformule de distintas maneras. Veamos algunos ejemplos.

La más relevante es la del anticapitalismo sin clases, que constituye su contraparte más clara. Se encuentra muy extendida en el conjunto de los movimientos sociales. Su razón de ser es que si la apuesta general por un sujeto muy concreto (el obrero industrial) fracasó históricamente, la respuesta es huir hacia adelante y renunciar a la posibilidad de todo sujeto. Lo que implica, aunque se obvie, toda posibilidad de revolución social (de estrategia ni hablamos). Se trataría pues de esperar hasta que esta ocurra. La solución discursiva que se le da es ponerle a cada uno de dichos movimientos parciales el apellido *anticapitalista*, como si esto cambiara su carácter.

Mientras tanto, la lucha de clases ya no existe en su sentido político: empieza y acaba en la única parcela que se le reconoce, la laboral (o en el mejor de los casos la *socioeconomía*). Lo cual no es contradictorio y viene a confirmar el dogma obrerista. Si el obrerismo clásico tomaba la parte por el todo, el anticapitalismo desclasado toma el todo por la parte: la lucha de clases se reduce a la lucha sindical. Ambos compartirían la misma concepción estrecha de la clase. Unos para imponerla y los otros para denigrarla. Es la más extendida en la izquierda, ya sea desde vertientes más movimientistas o institucionalistas. Incapaces de reconocer su reduccionismo, recurrentemente nos acusan de él precisamente a quienes con más vehemencia y dedicación lo combatimos, en la teoría y en la práctica.

Otra rareza menos relevante a nivel político, pero que confirma ser una consecuencia más de las concepciones obreristas es la de ciertas corrientes feministas. Es el caso del

feminismo autónomo italiano (Dalla Costa, Fortunati, o la más mediática Federici), que cogiendo el mismo esquema obrerista, ni corto ni perezoso trata de invertir la realidad adaptándola a él. Si antes se identificaba la fábrica como escenario político privilegiado de la lucha de clases por realizarse allí el trabajo productivo (la producción y apropiación de plusvalor), ahora se identifica al trabajo doméstico como productivo (!). O el caso del *feminismo materialista* de autoras como Delphy, para quien los sexos constituyen clases, que desarrollan una guerra de sexos en el seno de un supuesto modo de producción doméstico. Materialistas y autónomas pueden ser especialmente pintorescas, pero ambas beben, al igual que el resto de corrientes feministas pero también del anticapitalismo sin clases en general, de los mismos malentendidos de los dogmas obreristas.

Relanzar la lucha de clases a día de hoy debe tener como premisa la superación crítica de todo obrerismo

Pero volviendo a fenómenos de actualidad, ha ido tomando presencia mediática y callejera en los últimos tiempos un nuevo obrerismo, aunque en realidad sea muy viejo. Viejo porque de nuevo bebe de las erróneas concepciones de siempre, por mucha hostilidad que exhiba ante el resto de la izquierda *traidora* que en definitiva las comparte. Y nuevo por las causas más recientes de su emergencia actual. El obrerismo en sí ya constituía un identitarismo, ya que hacía su razón política de ser la identidad obrera. Pero en este caso, esta característica se ve exacerbada en el contexto de la explosión de las políticas de la identidad. No hay pues nada más posmoderno que este pretendido antiposmodernismo. Que expresa claramente una reacción de repliegue de una supuesta identidad *obrero* ciertamente caricaturesca, a la defensiva frente a otras nuevas identidades en auge, condenadas como *degeneradas*. Dicha identidad se construye con los rasgos más reaccionarios que se puedan encontrar en la clase y se basa en la oposición de *las cosas de comer* contra todas aquellas que distraerían de ellas, promovidas por oscuros intereses. La confluencia entre obrerismo y nacionalismo termina por completar una evolución lógica, siguiendo el mismo patrón histórico que ya cumplieron la socialdemocracia y su política socialpatriota primero, y el fascismo y su obrerismo *nacional* después. La realidad es tozuda y los parecidos peligrosamente razonables.

Como hemos visto, el obrerismo puede tener versiones extremas y exclusivistas como esta última. O la otra cara de la moneda antes analizada, que comparte en última instancia las mismas premisas por mucho que pretenda negarlas. Ambas se retroalimentan, ambas parten del mismo lugar y ambas deben ser combatidas, más aún en su momento decadente. Para quienes centralidad obrera y lucha de clases eran sinónimos, el fin de la primera decretó el fin de la segunda. Y aquellos que pretenden vender hoy su vulgar obrerismo reaccionario como lucha de clases también están negando la propia lucha de clases. Dicha negación es el contenido común y último de todo obrerismo al fin y al cabo. La propia existencia actual de un comunismo organizado y al alza niega por la vía de los hechos a ambos. Y demuestra que relanzar la lucha de clases a día de hoy debe tener como premisa la superación crítica de todo obrerismo ●

REFERENCIAS

- 1.** Tronti, M. (2006). «Operaismo y política». Artillería inmanente.
- 2.** Rodríguez, E. (2015). *Por qué fracasó la democracia en España*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- 3.** Satrustegi, I. (2021). «Compañeros al mismo lado de la barricada». Arteka.
- 4.** Murias, A.; Arrizabalaga, J. (1997). *Autonomoekin solasean*. Tafalla: Txalaparta
- 5.** Tra Bajo Zero (2020). *La ideología asturiana (actualizada y revisada)*. Tra Bajo Zero.
- Tra Bajo Zero (2020). *Marx en la bahía. De Naval Xixón a la nada (Apunte sobre la descomposición del sindicalismo en Asturias)*. Tra Bajo Zero.
- 6.** Pérez, N. (2021). «1M: sobre el uso interesado del discurso de clase». GEDAR LANGILE KAZETA.

El capital industrial y fascismo: una amistad forjada en acero

Texto — **Arteka**

Imagen — **Zoe Martikorena**

ON

Mymikry (Mimetismo, 1931)

Fotomontaje publicado por el artista comunista de Alemania John Heartfield en el semanario AIZ (*Arbeiter-Illustrierte-Zeitung* o El Periódico Ilustrado de los Trabajadores). En él aparece Joseph Goebbels disfrazando a Adolf Hitler de Karl Marx. De este modo, el autor quiso denunciar el obrerismo del fascismo.

AIZ

V. b. b. - Erscheint wöchentlich einmal - Preis: 1,60 Kz., 40 Gr., 1,25 Frs.,
30 Rp., 20 Pfg., 10 amer. Cts., 15 holl. Cts. - Jahrgang XIII. - Nr. 16.
19. April 1934

Zeitungsmeldung vom 8. April 1934:
„Die diesjährige Maiplakette der
Nationalen Arbeitsfront trägt neben
einem Goethekopf und dem Adler
mit Hakenkreuz auch die bolsche-
wistischen Symbole Hammer und
Sichel, offenbar um auf diese Weise
die dem Regime immer noch ableh-
nend gegenüberstehenden Arbeiter
zu gewinnen.“

MIMIKRY

Nachdem alle Versuche, die
nationalsozialistischen Ideen in
die Arbeiterschaft zu tragen,
erfolglos geblieben waren, ist
Göbbels auf einen letzten ver-
zweifelten Einfall gekommen:
er hat den „Führer“ überredet,
fortan, wenn er vor Arbei-
tern spricht, sich einen Karl
Marx-Bart umzuhängen.



Adolf Hitler y el empresario alemán Gustav Krupp (padre del empresario Alfried Krupp) en la celebración del 70 cumpleaños de Gustav



«Quienes integramos la firma Krupp no somos idealistas, sino realistas. Teníamos la impresión de que Hitler nos ofrecería la posibilidad de un desarrollo auténtico. Por lo demás, lo ha llevado a cabo. Al principio votamos por el partido populista, pero los conservadores no podían gobernar el país; eran muy débiles. En esta lucha implacable por el pan y el poder, teníamos la necesidad de ser guiados por una mano fuerte y dura; la de Hitler lo era. Tras los años transcurridos bajo su mando nos sentimos satisfechos. Deseábamos un sistema eficiente y que nos proporcionara los medios de trabajar tranquilamente»

— Alfried Krupp

Las anteriores palabras fueron pronunciadas por el ex jefe del consorcio Krupp, antepasado de la empresa alemana ThyssenKrupp AG, en la declaración que realizó en el proceso de Nuremberg. En la primera mitad del siglo XX, el grupo Krupp se encontraba en la cima de la industria armera europea. Debido a ello, fue protagonista en la política económica de todos los gobiernos alemanes. Alfried, quien tomó el relevo de la empresa en 1941, tuvo especialmente una marcada vocación fascista; al igual que la mayoría de los capitalistas de la industria pesada de aquella generación. Desde 1931, fue miembro de las SS ⁽¹⁾, fiel seguidor de Hitler. Cuando los nazis llegaron al poder, el grupo Krupp se convirtió en el fabricante de armas preferido del ejército nazi. Gracias a ello, situó unidades de producción en numerosos territorios ocupados por la Wehrmacht. Tan solo en las fábricas de Krupp, utilizaron cerca de 100.000 judíos y eslavos como fuerza de trabajo esclava.

Estos datos no son la constancia de un caso anecdótico, sino que nos indican la tendencia de toda una maniobra histórica llevada a cabo por sectores significativos de la alta burguesía alemana e italiana a principios del siglo XX. Nos hemos referido al grupo Krupp, pero podríamos encontrar en la misma posición tanto a Thyssen, Siemens, Bosch, Volkswagen, BMW, Bayer como a otros conglomerados industriales de gran importancia en su momento. Pero, ¿cómo condicionaron exactamente estos capitales industriales la forma y el rumbo del fascismo del siglo XX? ¿Cómo fue, en concreto, la relación entre los grandes capitalistas de la industria pesada y los fascistas? ¿Qué función histórica desempeñaba la retórica obrerista ligada a la clase obrera industrial en el seno del movimiento fascista? Este reportaje pretende plantear elementos de reflexión en torno a estas cuestiones.

Tal y como se ha mencionado a menudo, los fascistas recibieron en Italia y Alemania el apoyo directo de los niños ricos de la industria pesada, de los grandes terratenientes y de determinados banqueros con intereses en estas ramas. Por otra parte, se ha solido decir que su movimiento de masas estuvo dotado de pequeños burgueses y trabajadores; a pesar de tratarse de un fenómeno político que respondía a los intereses de la alta burguesía. Además, algunas facciones concretas de la clase dominante tuvieron actitudes contrarias al fascismo. El comunista francés Daniel Guérin explicó estos intereses confusos que se alinearon en el seno de los estados fascistas, profundizando en los conceptos de la competencia interburguesa y de la lucha de clases en general. «Por eso es importante investigar si en Alemania e Italia fue toda la burguesía, aquella que subvencionó al fascismo, la que quiso una dictadura o si la quisieron exactamente algunos grupos capitalistas. No creo que sea necesario repetir que los partidos burgueses no son el reflejo sino, más bien, el instrumento de los diversos grupos capitalistas», señaló ⁽²⁾. Según sus palabras, por lo general, ha existido una confrontación histórica entre la industria pesada y la ligera. De hecho, Guérin expone que ambos grupos han desarrollado «tanto intereses económicos como estrategias sociales divergentes». La burguesía ligada a la industria ligera se ha solido quejar del monopolio histórico del hermano mayor de acero. En cuanto a la política exterior, la industria pesada, que tiene más relación con la armería, ha priorizado actitudes agresivas y aventuras imperialistas. La industria ligera, en cambio, como exporta productos no militares, ha sido más proclive a rechazar la guerra y la autarquía. Además, esta última ha estado más relacionada con el capital internacional, mientras que las industrias pesadas han recurrido al proteccionismo.

La burguesía ligada a la industria ligera se ha solido quejar del monopolio histórico del hermano mayor de acero. En cuanto a la política exterior, la industria pesada, que tiene más relación con la armería, ha priorizado actitudes agresivas y aventuras imperialistas. La industria ligera, en cambio, como exporta productos no militares, ha sido más proclive a rechazar la guerra y la autarquía

Los dos grupos capitalistas clásicos también difieren en su actitud respecto a la clase trabajadora. Guérin sostiene que los capitalistas de la metalurgia y la minería, por ejemplo, han desarrollado una mentalidad de *patrones de combate*, es decir, se han comportado de forma más autoritaria frente al movimiento obrero. Señala dos razones para ello: 1) El peso político que ha tenido tanto el tamaño de sus empresas tanto en la economía nacional como en el seno del Estado. 2) La composición orgánica del capital. Profundizando en el segundo factor, nos referimos, tal y como explicó Karl Marx, a la relación entre capital constante (maquinaria, materias primas, tierra...) y capital variable (fuerza de trabajo) ⁽³⁾. Como en la industria pesada la composición orgánica del capital es mucho más alta, los límites para obtener ganancias son más estrechos. Por ejemplo, cuando las grandes empresas de producción de acero no utilizan sus capacidades productivas a pleno rendimiento, deben amortizar los gigantescos costes constantes de sus instalaciones con

escasos productos fabricados. Llevado a términos políticos, con tan solo unas pocas horas de huelga, la burguesía de la industria pesada puede sufrir pérdidas económicas millonarias. Con la crisis, en cambio, a la industria pesada le sucede lo siguiente: como no puede reducir sus gastos de capital constante, tendrá que sacar todo ahorro a costa de la fuerza de trabajo. En consecuencia, la salvaje reducción de los salarios les es absolutamente necesaria en momentos críticos de declive económico. La resistencia organizada de los trabajadores y las mínimas libertades políticas le bloquean, como es evidente, esa *salida de emergencia*. Los burgueses de la industria ligera, por otro lado, suelen querer domesticar al proletariado con la *colaboración de clase* o con la *paz social*, de forma similar a la socialdemocracia clásica. Por consiguiente, los capitalistas de la industria pesada han tenido más razones objetivas para apoyar al fascismo, sobre todo en las unidades de mando imperialistas con mercados reducidos y fuentes de materias primas agotadas.

En cualquier caso, la actitud de los burgueses de la industria ligera y de las facciones políticas liberales no fue, en absoluto, firme ante el fascismo. ¿A qué se debe? Tal y como explica Guérin, los grupos capitalistas de la industria ligera no deseaban el triunfo del fascismo; pero, por dos razones, tampoco le pusieron grandes obstáculos. En primer lugar, por el carácter *nacional* del fascismo, es decir, porque se trata de un movimiento a disposición de las clases poseedoras. En segundo lugar, porque en un principio subestimaban el alcance totalitario del fascismo y pensaban que lo podían teledirigir a su antojo. Guérin sostiene que preveían utilizarlo como «contrapeso frente a las fuerzas proletarias»; ya sea de forma parlamentaria o con grupos de choque en las calles.

Sin embargo, en Italia y Alemania el fascismo acumuló una fuerza de masas significativa y un peso político propio. Las hordas de Benito Mussolini y Adolf Hitler se situaron en la escena política con la determinación de defender los intereses específicos de las facciones de mando mencionadas con gran agresividad, eliminando poco a poco toda oposición. Asimismo, para cuando el peligro real era evidente, ya era tarde para combatir al fascismo por vías no armadas. Los capitalistas de la industria ligera y los políticos liberales dieron un paso atrás, poniendo sus intereses históricos generales de clase por encima de las diferencias parciales. Como no estaban dispuestos a derramar sangre de sus *compatriotas* en guerras civiles, dejaron pista libre al mando totalitario del fascismo. Así, distintos grupos capitalistas nacionales conformaron, por activa o por pasiva, un *bloque de granito*. Dicho de otra forma, el fascismo llegó al poder debido a que el *partido histórico de la burguesía* lo apoyó para una coyuntura determinada.

En consecuencia, la salvaje reducción de los salarios les es absolutamente necesaria en momentos críticos de declive económico. La resistencia organizada de los trabajadores y las mínimas libertades políticas le bloquean, como es evidente, esa «salida de emergencia»

El fascismo llegó al poder debido a que el «partido histórico de la burguesía» lo apoyó para una coyuntura determinada



En resumen, siguiendo la interpretación de Guérin, el fascismo de Alemania e Italia experimentó dos fases. En cada ciclo del proceso, como veremos más adelante, la retórica obrerista cumplió una función y un grado de protagonismo distintos.

1) Al inicio, el gran capital no tenía intención de llevar al fascismo al poder. La razón para dar carta blanca a los grupos uniformados fue, en un principio, la de reprimir la resistencia proletaria y la de lograr la revancha histórica del Tratado de Versalles de 1919.

2) Cuando la crisis capitalista amenazó de forma crítica las tasas de rentabilidad, sin embargo, tan solo un *Estado fuerte* podría garantizar la estabilidad del sistema. Así, dieron un salto cualitativo y las clases dirigentes de las potencias que salieron derrotadas de la Primera Guerra Mundial catapultaron el fascismo al poder político, imponiendo así una nueva modalidad de dictadura ⁽⁴⁾.

Para que el fascismo tenga un alcance de masas, es una condición objetiva indispensable que el empobrecimiento relativo de las clases medias, derivado de la crisis capitalista, profundice en tendencias progresivas hacia la polarización socioeconómica

CRISIS, LIBERTADES POLÍTICAS Y FASCISMO SOCIOLÓGICO

El pensador marxista belga Ernest Mandel también desglosó los factores que permitieron al fascismo hacerse con el poder político, distinguiendo conceptos como amenaza inmediata del *fascismo rampante* y *Estado fuerte*. Recordó que «el punto de partida del fascismo se encuentra en la pequeña burguesía desclasada y empobrecida» ⁽⁵⁾. Es decir, para que el fascismo tenga un alcance de masas, es una condición objetiva indispensable que el empobrecimiento relativo de las clases medias, derivado de la crisis capitalista, profundice en tendencias progresivas hacia la polarización socioeconómica. Fenómenos como la inflación, la quiebra de los pequeños negocios, la disminución de las ganancias de los rentistas, la congelación de los salarios de los funcionarios o el paro de los técnicos con estudios superiores suelen constituir el pasto del fascismo. Cuando estas tendencias se acentúan, surgen reacciones nostálgicas pequeñoburguesas, que a menudo entrelazan el nacionalismo extremista con la demagogia anticapitalista. Por el contrario, cuando prevalece sociológicamente una pequeña burguesía retrógrada y próspera, «el neofascismo no tiene ninguna posibilidad objetiva de ganar una amplia base de masas. Los ricos propietarios no se lanzan a combates en la calle contra los trabajadores re-



volucionarios o los estudiantes de extrema izquierda. Prefieren llamar a la policía y equiparla con mejores armas para que se ocupe de las perturbaciones»⁽⁶⁾. Según Mandel, es ahí donde radica la diferencia entre el fascismo que se dedica a aterrorizar a la clase trabajadora mediante la organización de los elementos desesperados de las clases medias y el *Estado fuerte*. Aunque el Estado autoritario pueda reprimir duramente tanto al movimiento obrero como a los militantes revolucionarios, lo más habitual es que no consiga su plena atomización y desmoralización.

Por las razones anteriores, en la época en que Mandel escribió la obra *El Fascismo* (1969) no se podía apreciar ninguna amenaza fascista directa en el feudo del Estado de Bienestar de Europa. Eso sí, la situación ha cambiado completamente desde entonces, y el autor advertía del siguiente peligro: «Haría falta que la situación económica cambiase de forma decisiva para que el peligro inmediato del fascismo reapareciera en los estados capitalistas occidentales. En ningún caso se descarta que este tipo de cambios se puedan producir en el futuro; es más, se trata de una hecho muy probable»⁽⁷⁾. Antes de que se desate un ataque fascista parecido al de los años 30 del siglo pasado, el pensador belga destaca una tarea imprescindible: «Es mejor evitar ser fascinados por la amenaza inexistente del fascismo, hablar menos de neofascismo y hacer más hincapié en la lucha sistemática contra la tendencia muy real y muy concreta

de la burguesía hacia el "Estado fuerte", es decir, hacia la reducción sistemática de los derechos democráticos de los trabajadores»⁽⁸⁾. Algunas de las reducciones evidentes de estas libertades políticas serían las medidas de excepción, las violaciones del derecho a huelga, las multas y penas de prisión por organizar huelgas combativas, las limitaciones al derecho de manifestación, la manipulación de los medios de comunicación de masas, las detenciones preventivas, etcétera. Al igual que la propia crisis, son, sin duda, fenómenos de plena actualidad.

Sin embargo, el marxista belga reconoció que las teorías del fascismo rampante y permanente tenían algunos elementos correctos. Y es que, la aceptación pasiva y despolitizada de los ataques a las libertades políticas fundamentales entraña un riesgo: imponer eficazmente las restricciones puede aumentar el ansia represiva de la clase dominante y empujarla a cosas más severas. Asimismo, si tanto el movimiento obrero como el revolucionario no hacen frente a la ofensiva política, estarían regalando al enemigo de clase el escaso poder del que disponen. Expropiada de todo instrumento de lucha, la resistencia de la clase trabajadora estaría vendida para el próximo declive grave que imponga la coyuntura económica. «Si la resistencia no ha sido preparada con constancia y firmeza en las batallas cotidianas durante años, no caerá milagrosamente del cielo en el último minuto»⁽⁹⁾, nos advierte Mandel.

Tirando del mismo hilo, deberíamos tener en cuenta que no todos los factores para el fascismo están provocados por la crisis, ya que muchos de ellos son elementos ideológicos permanentes en la formación social capitalista. Ciertas condiciones subjetivas determinadas que están dadas antes de que el fascismo tome fuerza facilitan su desarrollo de masas. Ejemplo de ello son las numerosas mentalidades reaccionarias arraigadas en las clases medias del centro imperialista occidental. Esto tiene algo que ver con los elementos culturales nacionalistas y obreristas que les son propios por la posición que tienen dichos estratos sociales tanto en las relaciones de producción capitalistas como en los aparatos del estado burgués. El racismo, la xenofobia, el resentimiento irracional hacia los *sucesos extraños*, el securitarismo, la actitud agresiva hacia minorías revolucionarias e inconformistas, la meritocracia, la *cultura del esfuerzo*, considerar a los parados crónicos como vagos, la comparación de las personas que viven de ayudas sociales con *parásitos* o la superioridad moral sobre el capital financiero-especulador son elementos que están muy arraigados en la conciencia colectiva de las clases medias contemporáneas. Partiendo de la condición de *ciudadano* que se vertebra objetivamente mediante el trabajo asalariado y la propiedad privada, las clases medias a menudo sueñan con eliminar, marginar o disciplinar a quienes no comparten esta definición existencial o se atreven a cuestionarla.

La aceptación pasiva y despolitizada de los ataques a las libertades políticas fundamentales entraña un riesgo: imponer eficazmente las restricciones puede aumentar el ansia represiva de la clase dominante y empujarla a «cosas más severas»

Partiendo de la condición de «ciudadano» que se vertebra objetivamente mediante el trabajo asalariado y la propiedad privada, las clases medias a menudo sueñan con eliminar, marginar o disciplinar a quienes no comparten esta definición existencial o se atreven a cuestionarla



Podríamos decir que esa amalgama de ideas conforma el *germen del fascismo*. A pesar de que estos rasgos hibernan políticamente en tiempos de prosperidad económica, pueden experimentar un terrible despertar inimaginable en momentos de crisis; hasta el punto de que quienes parecían grupos de opinión inofensivos se conviertan en ejércitos eficaces de delatores y matones.

MOVIMIENTO FASCISTA DE MASAS Y OBRERISMO

Según el psicólogo marxista austrohúngaro Wilhelm Reich, distinguir los intereses subjetivos de la base de masas del fascismo de la función objetiva del propio movimiento político constituye un criterio metodológico adecuado ⁽¹⁰⁾. Parafraseando a Guérin, se puede decir que el fascismo no es un mero instrumento subordinado al gran capital, sino que también es una *rebelión mística* de la pequeña burguesía empobrecida y enfadada ⁽¹¹⁾. Así, Reich consideraba que las principales contradicciones del fascismo se basaban en el antagonismo entre estos dos aspectos. Se debe partir de ese interclasismo funcional para investigar el rol que cumple la ideología obrerista en el seno del fascismo, así como los momentos estratégicos generales que experimentó el fascismo del siglo XX: la fase del movimiento de masas y la fase del poder político.

En la fase inicial del movimiento de masas, el fascismo disfrutó de una relativa independencia ideológica respecto a la burguesía y de cierta posibilidad de desarrollarla políticamente. La práctica proselitista empleó, entre otros, declaraciones abstractas a favor de la clase trabajadora, palabrería *anticapitalista* utópica, estética socialista, golpismo, protagonismo del ala izquierda del fascismo o temáticas proletarias. Sin ir más lejos en busca de ejemplos, el nombre completo del partido nazi era *Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán*. La destreza política del fascismo fue, sin embargo, tal y como dijo Guérin, la de presentarse



a sí mismo como anticapitalista, sin causar males mayores al capitalismo. El pensador francés decía que las masas de Italia y Alemania «están predisuestas a creer que el verdadero enemigo no es su propio capitalismo, sino el capitalismo extranjero» ⁽¹²⁾. Además, el capital extranjero, en el caso de los nazis, se asociaba a los judíos. Para ello, el concepto clave fue el de *nación proletaria*, para que las masas trabajadoras identificasen a la clase social más golpeada con la nación, y viceversa. Como explicó Reich, esta fórmula llevaba a los trabajadores a identificarse con la autoridad, las empresas, la nación y el Estado. «Representa una realidad psíquica y constituye uno de los mejores ejemplos de una ideología convertida en fuerza material», concluyó Reich ⁽¹³⁾. Estas frases del ministro nazi de propaganda Josef Goebbels, por su parte, recogen perfectamente la táctica propagandística obrerista del fascismo: «¿Cuál es el fin del socialismo alemán? Quiere que en el porvenir no haya en Alemania ni un solo proletario. ¿Cuál es el fin del nacionalismo alemán? Que en el futuro, Alemania deje de ser el proletario del mundo» ⁽¹⁴⁾.

Se puede decir que el fascismo no es un mero instrumento subordinado al gran capital, sino que también es una «rebelión mística» de la pequeña burguesía empobrecida y enfadada

**El corporativismo sueña con
«desproletarizar» a los trabajadores,
restablecer las relaciones de
producción precapitalistas de la época
de los gremios y artesanos y reavivar
la convivencia «armoniosa» de los
pequeños productores autónomos**

Este concepto propagandístico, que podía ser suficiente para llamar la atención de la pequeña burguesía, no resultó del todo útil para penetrar en las capas obreras. Por ello, los fascistas practicaron *funambulismo político* en la fase del movimiento de masas, bailando entre las dos clases sociales principales. Mientras se dedicaban, principalmente, a sabotear huelgas y otras movilizaciones del movimiento obrero, también quisieron evitar la fama de esquiroles. Organizaron sus propias huelgas y, en algunos casos, las milicias fascistas llevaron a cabo ataques puntuales contra algunos burgueses particulares. Todo ello, sin embargo, encontraría límites ideológicos y políticos. En primer lugar, los ideólogos fascistas, en tanto que eran *pequeñoburgueses*, «atacan al capitalista ocioso, al prestamista, al banquero, no al capitalista productor» ⁽¹⁵⁾. Por consiguiente, no solo podían conseguir proteger los intereses de la pequeña burguesía, sino que también podían desviar mediante ello la atención de los trabajadores con una conciencia de clase más reducida de la lucha contra la totalidad capitalista. Por otra parte, si en la fase del movimiento de ma-

sas llegaron a criticar a los capitalistas industriales, no fueron demasiado lejos. Ahí también reflejaron, una vez más, las quimeras retrógradas de los pequeños propietarios de los medios de producción; denunciando, como mucho, la competencia, la concentración industrial o los monopolios. «El nacionalsocialismo quiere detener el movimiento mecánico de la rueda capitalista, poner un freno a esta rueda y luego hacerla girar en sentido contrario hasta su punto de partida, para, una vez allí, estabilizarla» ⁽¹⁶⁾, manifestó un joven ideólogo nazi.

Otro anzuelo importante (quizá el más eficaz) que el fascismo empleó para atraer y neutralizar políticamente a la clase trabajadora fue la promesa corporativista. El corporativismo sueña con *desproletarizar* a los trabajadores, restablecer las relaciones de producción precapitalistas de la época de los gremios y artesanos y reavivar la convivencia *armoniosa* de los pequeños productores autónomos. Para regular todo esto, la idea era conciliar y aunar orgánicamente los intereses de los productores agrupados en base a criterios *técnicos* (por oficios). Esto es, la imposición de un Estado corporativo

que sustituiría a la democracia liberal parlamentaria. En este sentido, se puede decir que los eslóganes económicos del movimiento de masas del fascismo y el reformismo clásico beben de la misma inspiración obrerista.

El pensador marxista greco-francés Nicos Poulantzas explicó el sentido histórico del corporativismo fascista y la ilusión que este despertó entre los trabajadores. Según él, el corporativismo, además de fomentar la colaboración de clase y quimeras retrógradas, respondía a las ansias reales de los trabajadores por hacerse con el control sobre los medios de producción; aunque fuese para una determinada coyuntura y de forma desviada. Además, Poulantzas especificó que estas herramientas ideológico-discursivas se suelen situar políticamente en el *ala izquierda del fascismo*, socialmente en la clase media e históricamente en la fase del movimiento de masas. Los líderes fascistas y la burguesía monopolista que estaba por encima de ellos ataron en corto ideas como estas, igual que el uso de otros temas obreristas ⁽¹⁷⁾; no porque pudieran suponer un peligro revolucionario, sino para impedir que la clase media dominase políticamente en el movimiento.

La demagogia obrerista de los «plebeyos» fascistas encontraría cada vez más obstáculos en el nuevo Estado, hasta estrellarse contra el muro histórico

EL FASCISMO EN EL PODER

Los fascistas llegaron al poder vencidos de que habían apagado el motor de la historia mediante represión y propaganda. La lucha de clases, sin embargo, al igual que los ríos artificialmente cubiertos, corrió su curso. La falsa superación del antagonismo social causó inundaciones a nivel internacional, tanto en los países fascistizados como en el seno de los partidos fascistas. La demagogia obrerista de los *plebeyos* fascistas encontraría cada vez más obstáculos en el nuevo Estado, hasta estrellarse contra el muro histórico.

Poulantzas explica que, para aumentar la explotación sobre la clase trabajadora, los estados fascistas siguieron un plan que respondía a los principios de *progresividad* y *división*. Nada más instalarse en el poder, por ejemplo, impusieron ciertos *compromisos económicos* a determinados grandes capitales, pero entre tanto se dedicaba a destruir las organizaciones obreras, disolver los comités de empresa, derogar el derecho a huelga, anular los convenios colectivos y restablecer el *absolutismo patronal* en las empresas. Después, comenzaron a crear sistemáticamente *categorías privilegiadas* entre los trabajadores ⁽¹⁸⁾. Paralelamente, comenzaron a *limpiar* las facciones obre-

ristas y los órganos obreros del movimiento fascista. En 1933, con motivo de la agitación provocada en varias fábricas por el sindicato fascista alemán, Hermann Göring, mano derecha de Hitler, recomendó a la policía en una circular interna «actuar con energía contra los miembros de las células de empresa, que no han comprendido todavía el verdadero carácter del Tercer Reich» ⁽¹⁹⁾. Así, los *sindicatos* fascistas se convirtieron, progresivamente, en una simple extensión del Estado y la patronal.

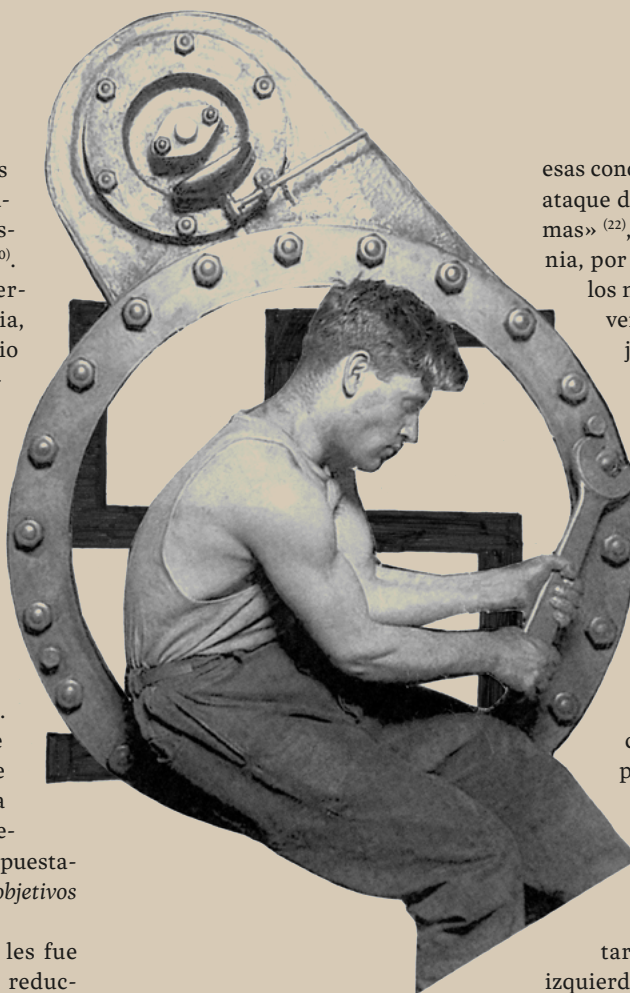
Algo parecido ocurrió con las milicias fascistas. *La noche de los cuchillos largos* es el ejemplo perfecto. Entre el 31 de junio y el 1 de julio de 1934, las SS y la policía secreta Gestapo limpiaron a la organización paramilitar SA que había sido tan importante para aplastar a la clase obrera en la fase del movimiento de masas. La SA pedía reformas sociales más profundas y la fusión de las milicias con el ejército y, además, provocaba altercados en las calles. Asimismo, con algunos asesinatos políticos selectivos, el Partido Nazi sometió a la SA fanática, garantizando la confianza tanto de la alta burguesía como de los mandos militares. Si bien el ejemplo de Alemania es el más evidente y sangriento, también puede sacarse un aprendizaje similar del caso de España,

Cuando el movimiento de masas del fascismo consigue aplastar a la clase obrera organizada, ya ha cumplido su cometido ante los ojos de los representantes del capital monopolista. Entonces, se lleva a cabo la burocratización del movimiento fascista de masas, fundiéndolo en el aparato de estado burgués

en el que las grandes familias capitalistas del franquismo fagocitaron orgánicamente e instrumentalizaron a la Falange ⁽²⁰⁾.

El fascismo mostró su verdadero rostro a la clase media, haciéndole pagar caro el delirio idealista. Como explicó Mandel, cuando el movimiento de masas del fascismo consigue aplastar a la clase obrera organizada, ya ha cumplido su cometido ante los ojos de los representantes del capital monopolista. Entonces, se lleva a cabo la burocratización del movimiento fascista de masas, fundiéndolo en el aparato de estado burgués. Para que esto ocurra, hay que erradicar tanto de la superficie como de la ideología oficial a las extremas demagogías plebeyas pequeñoburguesas que, supuestamente, formaban parte de los *objetivos del movimiento* ⁽²¹⁾.

Tras todas estas medidas, les fue mucho más fácil imponer las reducciones salariales y del nivel de vida. «Cuando semejantes conquistas se arrancan por medio de una crisis grave, la burguesía se dedica en primer lugar a modificar la relación real de fuerzas sobre la cual se han fundado



esas conquistas, y sólo después pasa al ataque directo de las conquistas mismas» ⁽²²⁾, decía Poulantzas. En Alemania, por ejemplo, desde la llegada de los nazis al poder en 1933 hasta el

verano de 1935, los salarios bajaron entre un 25 % y un 40 %.

Además, establecieron una gran cantidad de impuestos regresivos sobre las rentas de los trabajadores, reduciendo aún más los sueldos (entre el 20 % y el 30 %). Si redujeron el paro para calmar a la clase media, fue porque pidieron a la patronal la contratación de más trabajadores de los necesarios; por supuesto, a costa de dar remuneraciones por *carga adicional*, de reducir los salarios generales o de bajar el número de horas de trabajo de cada trabajador ⁽²³⁾. Una vez desarticulada la resistencia proletaria, oprimidos los elementos izquierdistas en su seno y emprendida una ofensiva económica total contra las condiciones de vida de la clase trabajadora, el corporativismo fue el último espectáculo de ilusionismo que el fascismo llevó a cabo frente a la pequeña burguesía y la aristocracia obrera.

La base social del fascismo tenía todavía cierta esperanza en aquel corporativismo prometido. La alta burguesía, sin embargo, tenía claro que no admitiría ninguna intervención ajena en la esfera de la producción. Las organizaciones «mixtas» que las clases medias fascistas proponían inocentemente para tomar decisiones políticas en el ámbito económico fueron reiteradamente rechazadas en el seno de los Estados fascistas

La base social del fascismo tenía todavía cierta esperanza en aquel corporativismo prometido. La alta burguesía, sin embargo, tenía claro que no admitiría ninguna intervención ajena en la esfera de la producción. Las organizaciones *mixtas* que las clases medias fascistas proponían inocentemente para tomar decisiones políticas en el ámbito económico fueron reiteradamente rechazadas en el seno de los Estados fascistas. Guérin señala la *tenacidad* de la lucha de clases, la cual no desaparecía ni en medio del régimen más totalitario: «Es decir, la aspiración constante de la clase obrera al control de la producción y a la autogestión, así como la hostilidad irreductible de la burguesía a cualquier intento, por inofensiva que parezca, que comprometa su poder absoluto» ⁽²⁴⁾.

Para terminar de caracterizar la fase de mando, mencionaremos los puntos cardinales de la política económica del fascismo, aunque resultan bastante conocidos: el restablecimiento del capitalismo privado de los monopolios estatales, las amnistías fiscales para el gran capital, la prohibición de la apertura de nuevas industrias, la obligación

de otros productores que compitieran con los monopolios nacionales a unirse a grupos industriales, la salvación de empresas deficitarias mediante la *socialización de pérdidas*, convertir al estado en principal cliente de la industria con contratos para la defensa y las obras públicas, movilizar los fondos de los pequeños rentistas mediante cajas de ahorros y el control de los bancos para hacer frente al déficit del estado, la autarquía, la economía de guerra, etc. ⁽²⁵⁾. «La política del “todo o nada” del fascismo se traslada a la esfera financiera, no deja más salida que la aventura militar en el exterior», expresaba Mandel a propósito de estas medidas desesperadas. Evidentemente, tales decisiones no favorecían mucho los intereses económico-políticos de la pequeña burguesía y la aristocracia obrera; al contrario, los dejaba muy perjudicados. A medida que estas tendencias se materializaban y se dejaba ver el carácter de clase del fascismo, su base activa y consciente se vio irremediablemente reducida, esto es, la dictadura fascista tendió a destruir su base de masas ⁽²⁶⁾.

***A medida que estas
tendencias se materializaban
y se dejaba ver el carácter
de clase del fascismo, su
base activa y consciente
se vio irremediablemente
reducida, esto es, la
dictadura fascista tendió a
destruir su base de masas***

OBRERISMO FASCISTA HOY EN DÍA

Por último, observemos cuáles son los factores que condicionan la posición del obrerismo en el seno de los movimientos fascistas actuales. En estos, se observa que la situación política actual del fascismo es más marginal que en el siglo anterior y que la crisis capitalista, por su parte, es cada vez más severa. Estos dos elementos abren la posibilidad de que diversos grupos fascistas y conservadores recuperen la demagogia obrerista ⁽²⁷⁾. Estos discursos obreristas, sin embargo, no tienen el mismo sentido táctico que tenían en la experiencia anteriormente analizada, ya que hoy por hoy no existe una resistencia proletaria fuerte que el estado democrático burgués no pueda superar mediante represión y deba oprimir inevitablemente. Por lo tanto, el sentido de la fraseología obrerista del fascismo debe situarse en la autonomía ideológica relativa del mismo, y no tanto en la urgencia histórica de descarrilar a la clase trabajadora. Por otra parte, en cuanto a la autonomía ideológica, no se debe olvidar que el obrerismo es una lógica que las clases medias reproducen espontáneamente, es decir, como el fascismo es hijo de las clases medias, tiene sentido que estas características mantengan una presencia mínima permanente en los grupos fascistas. Aun así, es verdad que en las sociedades capitalistas la función objetiva de la prevención contrarrevolucionaria también es constante. Por último, respecto a la modernización de las fuerzas de productivas, la industria pesada va perdiendo su relevancia estructural en el tejido productivo europeo. Por ello, el corredor histórico concreto que apostó a favor del caballo del fascismo se ha debilitado en el viejo continente tanto política como materialmente. Estos son los resultados de la combinación de todos estos factores: la posibilidad de crear un movimiento de masas fascista fuerte o bien nuevos estados fascistas es más complicado que en el siglo XX. Por otra parte, re-

La posibilidad de crear un movimiento de masas fascista fuerte o bien nuevos estados fascistas es más complicado que en el siglo XX. Por otra parte, renace una oportunidad «autónoma» para los discursos obreristas dentro del fascismo





nace una oportunidad *autónoma* para los discursos obreristas dentro del fascismo, lo cual dispone de una efectividad incierta a la hora de atraer a masas amplias. Sean cuales sean los intereses coyunturales del capital monopolista, mientras la sociedad burguesa se mantenga en pie, siempre habrá ideólogos y militantes que estén a favor de los principios fascistas. Eso sí, su probabilidad de éxito político dependerá tanto de la dinámica interna del capital (crisis y competencia imperialista) como del desarrollo político del movimiento obrero.

Respecto a las representaciones obreristas del fascismo del siglo XXI, se pueden diferenciar dos casuísticas interesantes; por una parte, la propaganda clásica de los grupos neofascistas *puros*, y por otra, las organizaciones obreras en pleno proceso de fascistización. Los grupos neofascistas emplean la misma fórmula del siglo anterior para interpelar a la clase trabajadora. El grupo neofascista español *Hogar Social Madrid*, por ejemplo, dijo lo siguiente: «Cuando hablamos de la defensa del taxi hablamos de soberanía nacional, de la gente trabajadora, de quienes no



tica y social está repleta de propuestas obreristas (pleno empleo, reindustrialización, el retorno de la manufactura, el derecho de tener una vivienda en propiedad, todas las prestaciones sociales del estado de bienestar...). Por otra parte, en las declaraciones de Casa Pound también encontramos la demagogia anticapitalista pequeñoburguesa de siempre. Identifican la clase trabajadora italiana con la Nación Italiana que ha perdido su soberanía ante la Unión Europea y los capitales extranjeros.

Asimismo, proponen la «participación de los trabajadores en la gestión de la empresa y las ganancias»⁽³⁰⁾, manteniendo así la reivindicación corporativista clásica.

Si echamos la vista a las organizaciones obreras en proceso de fascistización nos encontraremos con el *Frente Obrero*, del Estado español. Esta organización se define a sí misma como de izquierdas, demostrando así la compatibilidad entre ser de izquierdas y ser

se rinden ante los gigantes»⁽²⁸⁾, en relación a la huelga de conductores de taxis de 2018. La nueva organización juvenil fascista del Estado Español, *Bastión Frontal*, se define de la siguiente manera: «gente de barrio, humilde, jóvenes de clase trabajadora»⁽²⁹⁾. Sin embargo, probablemente el pensamiento más completo entre los movimientos fascistas contemporáneos en Europa sea la organización *Casa Pound* de Italia. Si leemos su programa, veremos que su política económica, energé-

reaccionario. Como hicieron los sindicalistas sorelianos que se convirtieron en fascistas a principios del siglo XX⁽³¹⁾, el Frente Obrero relaciona su *sindicalismo revolucionario* con un nacionalismo español cada vez más notable. Según Edmondo Rossoni, ministro en la Italia de Mussolini, «la suerte de los obreros italianos está unida indisolublemente a la de la nación italiana»⁽³²⁾. Si observamos su uso del concepto *patria*, el cual es central en las lecturas del Frente Obrero, veremos muchas

Respecto a las representaciones obreristas del fascismo del siglo XXI, se pueden diferenciar dos casuísticas interesantes; por una parte, la propaganda clásica de los grupos neofascistas «puros», y por otra, las organizaciones obreras en pleno proceso de fascistización

similitudes. «Los trabajadores somos los verdaderos patriotas, levantamos nuestro país y construimos nuestra patria cada día. Por lo tanto, la historia de España no es más que la historia del pueblo español», decían con motivo del Día de la Hispanidad, el 12 de octubre. Iban aún más allá: «nosotros no somos progres nihilistas que fomentan el rechazo de su patria para instaurar la cultura yanqui y el imperialismo de la Unión Europea. Queremos transformar nuestro país, España, y no se puede transformar un país renegando de él» ⁽³³⁾. Por lo tanto, realiza un doble acercamiento al ideario obrerista del movimiento de masas fascista: por una parte, en la identificación entre la clase trabajadora y la nación, y por otra, en la proyección del antagonismo económico, político y cultural con la burguesía internacional.

Además, el pasado 18 de mayo, el Frente Obrero tuvo un acercamiento xenófobo. Con motivo de la crisis diplomática entre Marruecos y España, numerosos migrantes intentaron atravesar la frontera entre ambos estados. Ante esto, el Frente Obrero reivindicó «la recuperación de la soberanía nacional de España», al igual que el cierre de la frontera y la suspensión de las relaciones diplomáticas con Marruecos. Esta lectura no expresaba de manera explícita odio fascista contra las personas migrantes, pero aún así, suponía un salto cualitativo en la defensa de la *soberanía nacional*. Así hablaban sobre Marruecos: «No solo obliga a nuestro país a pagarles por proteger su propia frontera, sino que además exige que también lo haga la Unión Europea. ¡Cómo si no fuera su obligación controlar los límites de su propio territorio!» ⁽³⁴⁾. Como consecuencia, convocaron concentraciones en varias capitales de España. En algunos casos, poco les faltó para encontrarse con las convocatorias de la Falange y Bastión Frontal.

CONCLUSIONES

Mientras el círculo vicioso de la crisis que es innato a la formación social capitalista y los juegos de guerra siguen su curso, la clase dominante siempre tendrá la tentación de llevarse la mano a la pistola ante el proletariado. Dado el agravamiento de las contradicciones del modo de producción capitalista y la competencia ante las potencias imperialistas, la militancia comunista no puede obviar la atención analítica e importancia política del *fascio*. Sea fuerte o débil, esté compuesto de convencidos idealistas o tecnócratas corruptos, se vista de apariencia chauvinista u obrerista, que el fascismo siempre nos pille en guardia ●

REFERENCIAS

(1) Su nombre completo era *Schutzstaffel*, escuadrón de defensa en castellano. Fue el aparato político-militar integral que, sucesivamente, se encargó de la defensa del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y del régimen nazi.

(2) Guérin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. pp. 35-38.

(3) Marx, K. *El Capital. Crítica de la economía política. Libro primero. El proceso de producción del capital*. Siglo XXI de España Editores. Madrid, 2021. pp. 263-274.

(4) Guérin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. pp. 38-39.

(5) Mandel, E. *El fascismo*. ernestmandel.org. p. 27.

(6) *Ibidem*.

(7) *Ibidem*. P. 28.

(8) *Ibidem*.

(9) *Ibidem*.

(10) Reich, W. *Psicología de masas del fascismo*. Editorial Ayuso. Madrid, 1972. pp. 60.

(11) Guérin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. pp. 19-20.

(12) *Ibidem*. p. 120.

(13) Reich, W. *Psicología de masas del fascismo*. Editorial Ayuso. Madrid, 1972. p. 64.

(14) Mencionado por Daniel Guérin, en *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. pp. 122.

(15) Guérin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. p. 127.

(16) Mencionado por Daniel Guérin, en *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. p. 132.

(17) Poulantzas, N. *Fascismo y dictadura, La III Internacional frente al fascismo*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1973. pp. 188-189.

(18) *Ibidem*. pp. 190-191.

(19) Mencionado por Daniel Guérin,

en *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. p. 278.

(20) Kortazar, J. *Franquismo, fascismo y fascistización*. Artea.

(21) Mandel, E. *El fascismo*. ernestmandel.org. p. 15.

(22) Poulantzas, N. *Fascismo y dictadura, La III Internacional frente al fascismo*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1973. p. 158.

(23) Guérin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. pp. 282-283.

(24) *Ibidem*. pp. 286-287.

(25) Para profundizar en la política económica del fascismo, véase Guérin, D. *Fascismo y gran capital*, pp. 299-367.

(26) Mandel, E. *El fascismo*. ernestmandel.org. p. 15.

(27) Aldalur, B. *Fascismo en el siglo XXI. Una comparación histórica*. Artea.

(28) Hogar Social Madrid en defensa del sector del Taxi (31 de julio de 2018). elmunicipio.es.

(29) Ortega, P. *Bastión Frontal, la extrema derecha nacida con la pandemia* (11 de febrero de 2021) elpais.com.

(30) Casa Pound Italia. II Programa. casapounditalia.org.

(31) El sorelinanismo se inspira en el pensamiento del sindicalista francés Georges Sorel, que vivió durante los siglos XIX y XX. Con las revisiones conservadoras del socialismo y el marxismo, tenía como clave para vencer la lucha de clases la huelga general y el *mito*. Según algunos historiadores, Sorel reemplazó el proletariado con la comunidad nacional, creando conceptos que le serían útiles al fascismo.

(32) Mencionado por Daniel Guérin, en *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973. p. 120.

(33) Comité Pro-Frente Obrero España. *La Hispanidad*. Unión nº5: Por la España Obrera y Popular. p. 11.

(34) Frente Obrero España. *Movilización contra el gobierno de Marruecos*. frenteobrero.es.

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo. *¿Qué antifascismo vencerá al fascismo?* elcorro.org, 2022.

Guerin, D. *Fascismo y gran capital*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1973.

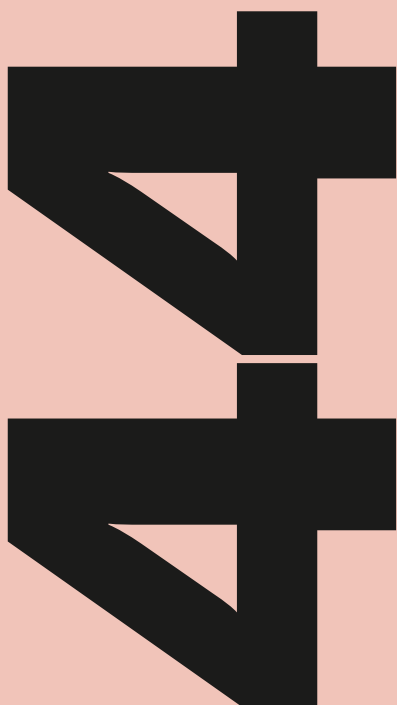
Mandel, E. *El fascismo*.

Poulantzas, N. *Fascismo y dictadura, La III Internacional frente al fascismo*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1973.

Reich, W. *Psicología de masas del fascismo*. Editorial Ayuso. Madrid, 1972.

Rosés, A. *El capitalismo alemán y los orígenes del nazismo: La Liga Antibolchevique (1918) y el «socialismo» de los industriales del acero*. Archivos de la Historia, 2021.

Obrerismo, una representación viciada



Texto — **Arteka**



«El trabajo
paga América»

La capacidad de desarrollar marcos de representación que sean capaces de educar a las masas en un nuevo sistema de valores e impulsar su adhesión a procesos de disputa de la hegemonía ha sido, sin duda, una de las claves del desarrollo histórico del movimiento obrero. La capacidad de adquirir suficientes dimensiones, como para influir significativamente en la vida artística de la sociedad capitalista, es, en definitiva, la batalla cultural que sitúa la unión de las artes y la organización en la transformación revolucionaria de la sociedad.

Sería, por ello, erróneo plantear la agitación y la propaganda como simples representaciones o limitarlas a la producción gráfica, ya que son la unión indivisible entre hacer llegar el contenido y la forma del mensaje en la comunicación de masas. Un exponente ilustrativo del desarrollo de la lucha cultural en cuanto a la agitación y la propaganda es la justificación del Partido Comunista Soviético en 1925 para afirmar la necesidad de incluir el deporte no solo como medio de educación física sino también como medio de educación de las masas, ya que facilita el desarrollo de la voluntad además de representar una gran capacidad para integrar a la mayoría de los trabajadores en las organizaciones del partido. Por ello, representa varios aspectos a considerar tales como la educación, la adquisición de valores y organizarse entorno a fenómenos sociales. Este ejemplo expresa que realmente no es el formato gráfico, la representación, el mensaje, el que define el quehacer de la



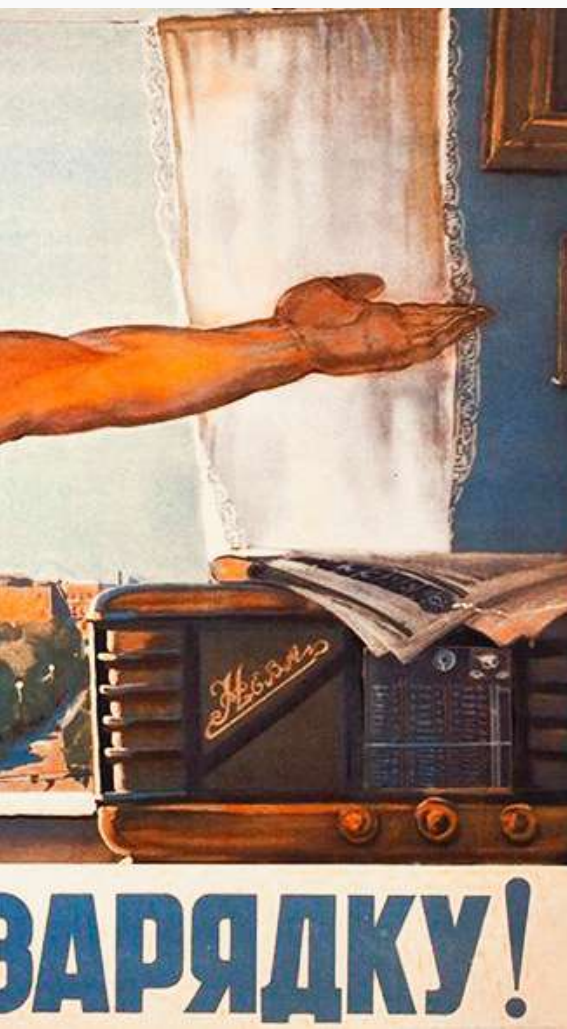
ТОВАРИЩИ, НА Э

agitación y la propaganda, sino que es un marco activador de consciencia que desde la vida cotidiana se pone en diálogo con el proletariado; es una forma de alimentar la organización y difundir los valores socialistas.

Nicolay
Tereschenko, 1952

¡Camaradas,
prepárense para
hacer ejercicio!

Sería erróneo plantear la agitación y la propaganda como simples representaciones o limitarlas a la producción gráfica, ya que son la unión indivisible entre hacer llegar el contenido y la forma del mensaje en la comunicación de masas



Maria Nesterova-Berzina, 1945
¡Juventud a esquiar!



Victor Govorkov, 1935
¡Debemos establecer todos los récords mundiales!



**Las cribadoras
de trigo**

Gustave Courbet, 1854

Por ello, más allá de la agitación y la propaganda, seguir entendiendo el desarrollo de la lucha cultural como la simple superación de un plano iconográfico y estético de las tradiciones representativas burguesas que instauran los gustos y los comportamientos de una clase trabajadora sumida en un bajo nivel cultural y explotación, sería obviar la historicidad de la lucha cultural.

Hay una clara línea establecida desde la Revolución Francesa hasta la Comuna de París que se extiende a la Revolución Rusa y se generaliza durante las secuelas de la Primera Guerra Mundial. Con el desarrollo de la tecnología y el modo de producción fordista a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se fortalece la caracterización del obrero industrial hacinado en grandes factorías, a la vez que el desarrollo de las técnicas para la producción gráfica que trajo consigo la Segunda Revolución Industrial –además de la visión

internacional que posibilita el primer acontecimiento bélico mundial– permiten crear dispositivos de consumo de productos culturales para las masas, en definitiva, el desarrollo de la propaganda en la cultura de masas. Esos fenómenos caracterizan el debate sobre la calidad artística, el consumo elitista y la hibridez del folclore, que, a pesar del interés que pueda suscitar, no profundizaremos en este texto.

Como decíamos, ese contexto permite la aparición de un arte de masas para justificar la revolución y redefinir sentidos comunes: la unión entre las artes y la transformación revolucionaria de la sociedad. Desde la obra republicana *La muerte de Marat* de 1793, obra de Jacques-Louis David para promover los valores republicanos en la Revolución Francesa, pasando por la tradición mantenida durante la Comuna de París con artistas como Courbet, para llegar a una eclosión todavía más próspera en la construcción



La muerte de Marat

Jacques-Louis
David, 1793



El 9 de junio, la policía atacó a los ocupantes de una enorme fábrica de Renault en Flins, una zona rural próxima a París. Algunos estudiantes viajaron desde París para defender la planta, pero el esfuerzo resultó en vano. Un estudiante adolescente fue asesinado durante los enfrentamientos.

de la Unión Soviética y las primeras vanguardias: Aleksandr Rödchenko, Sergei Einsentein, Varvara Stepanova, Vladímir Mayakovsku...

No se pueden analizar en ausencia de ese recorrido las experiencias más cercanas como la del Mayo del 68. Son ilustrativas las palabras de De Gaulle, presidente de la República Francesa, cuando en aquel mayo francés se preguntaba de qué se quejaban unos estudiantes que tenían de todo: pantalones vaqueros, chicles, whisky, pelo largo, películas, libros y coches. En efecto aquella naciente juventud disconforme partía de la expansión capitalista de la sociedad, de la abundancia que emerge de la posguerra, caracterizada por una economía fordista-keynesiana y una producción taylorista. Desplegaban, no obstante, aquellos hijos bastardos de la promesa capitalista, en su crítica artística el desencanto generado por el capitalismo y sus formas de opresión, mediante la reivindicación de la libertad.

Un grito hedonista juvenil que, a pesar de su aparente contraposición al mundo viejo, en la representación no pudo desprenderse del todo del papel central del obrerismo fabril. *Le grand soir*, que en definitiva fue absorbido por el desarrollo cultural del neoliberalismo, estaba ligado inevitablemente a las luchas sindicales que se desarrollaban en las grandes fábricas. Si bien la propuesta artística en cuanto a la producción material de la propaganda y la organización de los artistas (carteles de técnicas austeras como la serigrafía, de rápida producción, impresión y difusión) pretendían ser una ruptura performativa de la planificación óptima del trabajo que desarrollaba la reforma taylorista, en definitiva, el desarrollo cultural acabó por integrarse en dos décadas en la culminación del modelo económico, sin un desarrollo de la organización comunista que amparase la trascendencia del momento cultural.

Un grito hedonista juvenil que, a pesar de su aparente contraposición al mundo viejo, en la representación no pudo desprenderse del todo del papel central del obrerismo fabril. «Le grand soir», que en definitiva fue absorbido por el desarrollo cultural del neoliberalismo, estaba ligado inevitablemente a las luchas sindicales que se desarrollaban en las grandes fábricas



«La lucha continúa»



«Trabajar ahora es trabajar con un arma en la espalda»



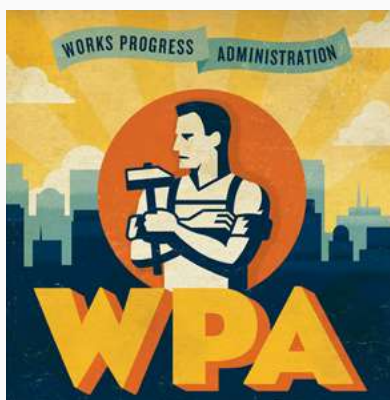
«Nosotros somos el poder»

La representación artística está ligada directamente no solo al desarrollo histórico de los conflictos desarrollados desde el siglo XX sino que también, y a su vez, al desarrollo de las fuerzas productivas y el papel de la mano de obra en este.





«Una oportunidad para los hombres jóvenes para el trabajo, el juego, la educación y la salud»



Desde ese vacío organizativo, cabe analizar en este punto la versatilidad de la representación obrerista en diferentes corrientes propagandísticas con objetivos dispares. Ejemplo de ello es el *Works Progress Administration* (WPA) de Roosevelt para fomentar la unión entre la identidad nacional de los Estados Unidos y el nuevo rumbo económico bajo el modelo *New Deal* tras la Gran Depresión. Esta institución tenía como objetivo emplear bajo renta a los parados, víctimas de la Gran Depresión, mediante la ejecución de obras públicas de carácter temporal. En definitiva, activar la sustracción de plusvalía, fomentando y ayudando la contratación de los parados para desarrollar un modelo económico basado en la mano de obra barata y el desarrollo de grandes servicios e infraestructuras que permitiesen el desarrollo del modelo productivo. Ese fin desplegó, a su vez, el *Federal Art Project*, agencia que integró a más de 100 centros de producción artística y empleó a más de 10.000 artistas del campo de las artes visuales para que produjeran trabajos que proyectaran el espíritu de la reforma.

Por ello, la representación artística está ligada directamente no solo al desarrollo histórico de los conflictos desarrollados desde el siglo XX sino que también, y a su vez, al desarrollo de las fuerzas productivas y el papel de la mano de obra en este. Refleja la caracterización no solo del obrero unido al desarrollo del trabajo productivo, sino que debe de analizarse en el contexto histórico, ya que la simple representación no hace más que evidenciar la relación económica de la clase trabajadora y sus realidades. Por lo cual cabe apuntar que el desarrollo del mismo está unido a la construcción de la identidad nacional y a proyectar la armonía funcional de la sociedad capitalista, como podemos apreciar en la propuesta artística del WPA. Pero a su vez se sustenta en la apología del obrero como representante patriótico que esconde, en definitiva, la supervivencia cultural de las relaciones de dominación.



«Protege tus manos, trabajas con ellas»



«Las mujeres trabajan para la victoria, la agricultura, la oficina, la fábrica»

El mismo Adolf Hitler en su libro «Mi Lucha» (1925) subrayaba el papel de la propaganda: «el uso de la propaganda es un verdadero arte que ha permanecido prácticamente desconocido para los partidos burgueses»

Justamente, en el reportaje sobre el capital industrial y el fascismo publicado en este mismo ejemplar se ha respondido a la pregunta de qué papel histórico jugó la retórica sobre el obrero industrial dentro del movimiento fascista. Caben mencionar dos factores: por un lado, el carácter nacional-patriótico del movimiento y la pobreza relativa sufrida por la clase media en el contexto de crisis capitalista y, por otro, la resaca del acuerdo de Versalles y sus cláusulas económicas, laborales y militares –a la vez que la retirada de los fondos estadounidenses tras el crac del 29–. Ciertamente, parte de un aparente discurso anticapitalista que tiene como caldo de cultivo la amenaza capitalista extranjera, el judío –y el bolchevique, muchas veces unidos–, como se menciona en el citado reportaje y a su vez una identidad obrera agitada por las condiciones de vida generadas por la situación económica.

Indudablemente, no es ajeno a ese contexto Joseph Goebbels, símbolo del desarrollo de la propaganda nazi. La estrategia representativa del ministro para la Ilustración Pública y Propaganda del Tercer Reich son erigidas según las condiciones de vida que marcaron su infancia y la propaganda bélica de la Primera Guerra Mundial y la posterior representación internacional de la derrotada Alemania. Clasificado como uno de los representantes de la «izquierda nazi», del fascismo obrerista, la SA, hasta su traición a estos últimos en la llamada Noche de los Cuchillos Largos, desarrolló uno de los ejes centrales de la toma de poder del fascismo en Alemania. El mismo Adolf Hitler en su libro *Mi Lucha* (1925) subrayaba el

papel de la propaganda: «el uso de la propaganda es un verdadero arte que ha permanecido prácticamente desconocido para los partidos burgueses».

El órgano de propaganda del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán por excelencia fue el periódico *Völkischer Beobachter* (Observador del pueblo), pero a su vez caben destacar, por ejemplo, la filmación del congreso de Núremberg. No obstante, la principal característica de la estrategia de Goebbels no fueron los carteles ni las octavillas sino la representación de la disciplina en el caos: desfiles uniformados con antorchas eran la escenificación habitual. Pero, a su vez, la preocupación de Goebbels era el acceso de las masas al contenido propagandístico, por ello se hizo con el control de las emisiones radiofónicas y colocó altavoces en plazas, escuelas, espacios públicos y fábricas para que todo obrero tuviera acceso al noticiario. A su vez facilitó la compra de radios Volksempfänger (receptor del pueblo) mediante pagos a plazos. En pocos años la inmensa mayoría de las casas alemanas disponían de esa radio, en la que se mezclaban noticiarios, discursos de Hitler y entretenimiento: cumpliendo dos funciones, informar e instruir.

«Toda Alemania escucha al líder con el Volksempfänger»





«Trabajadores de frente y de puño, votad al soldado Hitler»



«La gente se levanta y se desata la tormenta»



«Nosotros, los trabajadores, estamos despiertos»



Cartel nazi del Primero de Mayo

Por último, otro de los ejes de la estrategia de Goebbels fue la *nazificación de las artes*. Mediante la Cámara de Cultura del Reich pretendió deshacerse del «bolchevismo cultural» para instaurar el control en la industria de la literatura, el teatro, el cine y las bellas artes, y enfocarlas a la propaganda. Como apunte, cabe destacar también la importancia de los Juegos Olímpicos de Berlín (1936) organizados por el Ministerio de Propaganda como escaparate internacional. En definitiva, el eje central de la propaganda de Goebbels fue la creación de dispositivos propagandísticos para la masa obrera que permitiera desarrollar la identidad nacional y la regeneración de la potencia alemana en una cruzada contra el bolchevismo.

No existen pues la agitación y la propaganda en un vacío del desarrollo histórico de la lucha cultural, pero tampoco en un vacío organizativo, es decir, parte desde instaurar dentro de las organizaciones espacios de desarrollo cultural que puedan influir en la cultura de masas

Se ha hablado últimamente de una aparente esquizofrenia que parece sufrir la socialdemocracia actual. Y esa esquizofrenia no se refiere a otra cosa que a la incoherencia entre el plano de la representación, la organización y la ideología

APARATO DE AGIT-PROP

Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución*, Barcelona, Crítica, 2010

Aparato de agitación y propaganda del PCE (1937-1938)

DISTRIBUIDORA

- LIBROS Y FOLLETOS
- PERIÓDICOS Y REVISTAS
- LIBRERÍAS

MITINES Y ORADORES

PROPAGANDA EN EL EXTRANJERO

FINANZAS

ESCUELAS

COMISIÓN NACIONAL DE PRENSA

PRENSA

- DIARIOS
- SEMANARIO

FILM POPULAR

- PRODUCCIÓN
- DISTRIBUCIÓN

AGENCIAS DE PRENSA

- AIMA
- PARCO

EDICIONES

- PC
- NUESTRO PUEBLO
- EUROPA-AMÉRICA
- ESTRELLA

RADIO

ALTAVOZ DEL FRENTE

- ARTES PLÁSTICAS
- MÚSICA Y LIBROS
- TEATRO Y RETABLO ROJO

En definitiva, la de la agitación y propaganda es toda una estrategia de articulación de dispositivos, que encuadran una aspiración integradora de la comunicación en la cultura de masas, más allá de la representación gráfica, como indicábamos en el inicio del artículo. Destaca una capacidad organizativa y organizadora de la realidad y el desarrollo de las fuerzas de la organización. Sin ir más lejos es ilustrativa de ello el diseño del aparato de agitación y propaganda del PCE en 1937-1938. Señala Fernando Hernández Sánchez en *La maldición de Sísifo: Auge, caída y reconstrucción del PCE (1936-1953)* la capacidad que tuvieron para explotar las posibilidades de la prensa popular: «Los recursos gráficos, fotografías y dibujos se utilizaban para transmitir imágenes idealizadas y arquetípicas tomadas del repertorio iconográfico propio y transmitían un mensaje subliminal. Los grandes titulares facilitaban la lectura incluso a distancia e implicaban una labor de selección y condicionamiento previo del lector. Eran vehículos sencillos para la transmisión de consignas políticas y permitían la llegada de las mismas a aquellos sectores populares con menor formación». Según la misma fuente, la media estimada de difusión de los ejemplares llegaba a superar los dos millones de lectores.

***Si bien esa disputa cultural,
que toma como herramientas la
agitación y la propaganda, debe de
proyectar realidades que aún no
son existentes, no por completo al
menos, esa representación no puede
ser contradictoria al desarrollo
del mismo, de ahí su inherencia***

No existen pues la agitación y la propaganda en un vacío del desarrollo histórico de la lucha cultural, pero tampoco en un vacío organizativo, es decir, parte desde instaurar dentro de las organizaciones espacios de desarrollo cultural que puedan influir en la cultura de masas y dotarlas de capacidades técnicas que logren en definitiva establecer una nueva relación entre el arte y la sociedad, superando la cosmovisión capitalista y proyectando una nueva organización de la sociedad. La relación indivisible entre las ideas, la organización y la representación. Hay una relación clara entre las formas organizativas, la comunicación política y la agitación y propaganda como un marco de trabajo que se desarrolle en esa sintonía. Por ello, el análisis que nos atañe no puede obviar ninguno de esos aspectos, pero tampoco analizarlos por separado, más aún acabaría siendo una crítica entorno a las capacidades técnicas de la organización en dicha materia y un análisis parcial de su eficacia e impacto basado en cuán espectacular es su representación.

Se ha hablado últimamente de una aparente esquizofrenia que parece sufrir la socialdemocracia actual. Y esa esquizofrenia no se refiere a otra cosa que a la incoherencia entre el plano de la representación, la organización y la ideología. Además, no puede dividirse este marco de análisis del contexto de crisis capitalista actual y la falta de una organización que tenga capacidades para superar ese escenario. Por ello, la simple representación de la miseria capitalista y la representación del sujeto como mero vínculo o icono histórico (en el mejor de los casos) o la total desvirtualización de este se han convertido en el nexo analítico que nos permite comparar proyectos aparentemente contrapuestos.

En *Obrerismos, del optimismo a la reacción*, reportaje que recoge este número de *Arteka*, Dani Askunze apunta un *revival* de conceptos como clase, obrero etc. Y a su vez, se pregunta si es hoy día la obrera una identidad más entre otras, y afina apuntando si está enfrentada o es compatible a otras identidades.

Reflexión que nos lleva a apuntar la importancia de no entender la propaganda separada de la organización. Ya que ello supondría dotar a la esfera representativa de la producción cultural capacidades de articular identidades, es más, construir al sujeto separado de la organización, negar en definitiva la verdadera capacidad política de la agitación unida a la propaganda. Una lectura gramsciana errónea o una práctica populista lacaniana demasiado optimista que sitúa la construcción de la ideología en la representación y en desconexión con la organización. Es decir, la industria cultural actual imparte la ideología capitalista no simplemente mediante la representación de la cosmovisión capitalista sino porque a su vez la sociedad se organiza de ese modo, la formación social capitalista es una realidad, y la representación de la identidad del proletariado está condicionada a esa realidad. Por ello, a menor escala, tan peligroso es intentar solventar en la representación las carencias de la organización como sobrerrepresentar al sujeto y al conflicto, amparándose en la agitación y la propaganda. Si bien esa disputa cultural, que toma como herramientas la agitación y la propaganda, debe de proyectar realidades que aún no son existentes, no por completo al menos, esa representación no puede ser contradictoria al desarrollo del mismo, de ahí su inherencia. Todo lo demás no es más que *marketing* corporativo ●

Publicación

ENERO DE 2022

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA**

**Web
GEDAR.EUS**

Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR
FACEBOOK
@ARTEKAGEDAR

**Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

**Suscripción
GEDAR.EUS/
SUSCRIPCION**

**Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA**
AZPEITIA

**Depósito legal
D-00398-2021**

**ISSN
2792-453X**

Licencia





arteka